

Andrés Docampo

East & West



RELATO ORIGINAL DE
"ATÁVICA: Voces en la Niebla"

ATÁVICA:
Voces en la Niebla

“EAST & WEST”

Andrés Docampo

© Andrés López Docampo, 2017
Licencia Creative Commons
Attribution-Non Comercial-No Derivates
Código 171122151161740

Todos los derechos reservados.

Hacía mucho tiempo, realmente mucho; tanto que ya había olvidado que una vez había sido un niño. Un niño más de la calle. Un huérfano más sin nombre propio.

Sus padres habían muerto cuando tan solo era un bebé. Vivía bajo el dominio de los guerreros Banyaliber, en los suburbios de lo que era llamado Congo y que más tarde pasaría a formar parte del actual Estado Libre de Liberia. Un mal sitio para un niño.

Aunque después pasaron a considerarse “libertadores”, los Banyaliber (“Habitantes Libres”) habían comenzado su andadura como un grupo vinculado al tráfico de drogas y armas. Usaban a los más pequeños de su barrio como mensajeros y “mulas”, poniéndolos frente a frente con la muerte a diario.

El niño de esta historia no tenía nombre. Cuando le empezaron a adiestrar como Guerrero Banyaliber contaba tan solo seis años. Comenzó a disparar en los campos de entrenamiento, llamando la atención del Capitán de los Banya, que le auguró un gran futuro.

El huérfano sin nombre guiñaba siempre un ojo para apuntar certeramente; fijándose en que esta manía lo ralentizaba a la hora de ejecutar sus futuras misiones, el Capitán le regaló un parche negro de piel y un sombrero de vaquero venido desde los antiguos Estados Confederados, tratando de ganar la lealtad del niño con regalos y falsas promesas de fortuna y gloria.

Como no tenía nombre, el Capitán le hizo otro regalo: lo bautizó como el “Príncipe Tuerto”.

Cuando más perdido estuvo en la vida, el Príncipe Tuerto encontró siempre una señal que le devolvía al camino correcto.

A la primera de ellas, trató de robarle una cadena de oro con la cruz de la Iglesia de Terrae. Se trataba del padre Bechler, venido desde España hasta aquellos peligrosos barrios con la misión de intentar rescatar de los Banyaliber a los máximos niños que le fuera posible. Su mirada era pura, transparente como el cristal y, cuando vio al pequeño “Príncipe”, decidió adoptarlo para alejarle secretamente del sanguinario Capitán de los Banyaliber y llevarlo a su escuela, situada en un edificio humilde que el gobierno emergente había cedido al tenaz Bechler como una apuesta de marketing de cara a la población.

Allí, el Príncipe Tuerto conoció a su segunda señal: Sarah.

Era una niña, de menor edad que él, que regentaba la escuela del Padre Bechler desde hacía un año. Por primera y única vez en su vida, supo lo que era el amor.

Sarah también se sintió atraída por su pintoresco atuendo: el sombrero de ala ancha que sostenía en la mano y el parche que llevaba ceñido a la cabeza, sin tapar su ojo derecho. El Príncipe Tuerto sintió como se le aceleraba el corazón cuando la pequeña Sarah estrechó su mano y se presentó. Avergonzado de su nombre de guerra, no supo qué contestar:

-¿No tienes nombre? -Preguntó Sarah con gesto apenado.

El pequeño miró hacia abajo mientras contenía el lloro, pensando en los horrores que había conocido. No tenía historia, ni apellidos, ni familia, y aquella escuela era un mundo desconocido para él. La curiosidad de Sarah y el intento de no incomodar más al Príncipe Tuerto, hizo que cogiese el flamante sombrero de ala ancha con sumo respeto y cuidado.

-¡Está guay! -Dijo mientras se lo ceñía en la cabeza al pequeño Príncipe- ¡Estás muy guapo! Pareces un vaquero del Oeste.

El Príncipe Tuerto se encogió tímidamente de hombros mientras sus mejillas se ruborizaban y el calor continuaba subiendo desde el pecho, concentrándose más y más en dos brillantes colores.

-Como no tienes nombre...-Dijo Sarah- ¡Te llamaré... West! Significa “Oeste” en inglés antiguo. ¿Te gusta?

El Príncipe Tuerto abrió los ojos y sonrió satisfecho con el nuevo bautismo de la pequeña. Reunió las fuerzas para vencer a la vergüenza y el Príncipe Tuerto pasó a tener un nombre nuevo.

Estrechó la mano de Sarah con una sonrisa de orgullo al presentarse:

-Mi nombre es West -dijo.

Los años pasaron. West y Sarah dejaron atrás la escuela, pero continuaron estudiando. Continuaron juntos. Ella se hizo enfermera, West comerciante. Recorrían todo el país y, mientras West realizaba sus negocios, trataban de iluminar a los desesperados como el Padre Bechler había hecho con ellos.

Al cabo de un tiempo, el propio Bechler, ya anciano y enfermo, les unió en matrimonio. El rito de la Iglesia Terrae une a los contrayentes no sólo en vida, sino también más allá de ésta. Desde que el alma llega al cuerpo, la unión se realiza también con la Madre Tierra, haciendo de ésta un recipiente para ambos en la vida y en la muerte.

-Te quiero. Siempre.-Dijo ella.

-Te quiero. Siempre.-Dijo él.

La tercera señal para West llegó el día que Sarah anunció que estaba embarazada. El fruto de su amor se convirtió en una niña, a la que llamaron poéticamente East. El parto tuvo lugar durante el levantamiento de los Banyaliber contra el Régimen Atávico y la constitución del nuevo Estado de Liberia.

West lo supo siempre, toda su vida. Primero cuando era un huérfano sin nombre, después cuando pasó a ser el Príncipe Tuerto; siempre rodeado de violencia y horror, supo que el mundo no le permitiría ser feliz. Al menos no por mucho tiempo.

Cuando el anciano Padre Bechler murió por una extraña enfermedad respiratoria, West y Sarah se hicieron cargo de su Escuela. Los negocios de West iban realmente bien, todos los bandos de las diferentes guerras que asolaban el mundo le respetaban y protegían. Pero el nuevo gobierno Banyaliber tenía sus propias creencias y veían la Iglesia Terrae y la Escuela como un virus peligroso que no debía propagarse. Podía ser un foco de problemas e inestabilidad para su nueva visión de Liberia, y eso no podían consentirlo.

El pasado siempre nos persigue, y generalmente nos gana la carrera. El matrimonio recibió la visita de un viejo conocido: el Capitán de los Banyaliber que había entrenado a West de pequeño. En aquel momento ostentaba un título más honorable, el de Ministro de la Guerra.

No tardó mucho en reconocer a West a pesar de los años. Y es que un “creador” siempre reconoce su “obra”.

-¡El Príncipe Tuerto!-Exclamó con cierta sorna y sorpresa.

West sabía de sobra de lo que era capaz e intentó desviar el tema, tratando de confundir al ya viejo ex-capitán. Por desgracia, el Ministro no estaba dispuesto a olvidar la ofensa sentida cuando su creación más prometedora lo abandonó.

El Ministro decidió irse sin hacer ruido, no sin antes abrazar amenazante a West y susurrarle algo al oído:

-Cuidado, Príncipe Tuerto... Espero que no hayas olvidado quién eres...

West lo despidió y ocultó la amenaza velada a Sarah. Pero a partir de esa visita, todo cambió.

Pocas semanas después, Sarah enfermó de la misma extraña afección que se había llevado al padre Bechler. La gente en la calle la llamaba “la enfermedad del pulmón amarillo”. Algunos decían que era causada por la Niebla Euroasiática, otros que era un castigo de la “Madre Tierra”. West no sabía el motivo, solo conocía el dolor que sintió cuando a los pocos meses vió morir a Sarah en sus brazos, sin capacidad alguna para hacer algo.

Gastó gran parte de su dinero en investigar la afección mientras Sarah aguantó. El día del ritual Terrae de enterramiento, East le preguntó a su padre:

-Si mamá era tan buena, ¿porqué la ha castigado la Madre Tierra...?

West no tenía muy claro como contestar.

-Porque era tan buena es el motivo por el que la Madre Tierra se la ha llevado a su lado -trató de explicarle-. Ella ahora está en todas partes: en los árboles, en la tierra, en el agua del mar,... Podemos hablar con ella cuando queramos.

-Ya lo he intentado... Pero nunca me contesta...-Dijo East a modo de reproche y lágrimas en sus ojos.

-Solo tenemos que buscar la manera de que nos escuche y ella nos responderá. Aunque no sepamos verlo, aprenderemos a escucharla.

La niña sonrió a su padre, satisfecha. West acarició su pelo moreno con dulzura mientras el rojo atardecer del sol desdibujaba la silueta de la tumba de Sarah.

Regresando a la escuela tras el funeral, West no lo advirtió. No tuvo tiempo de esquivar el ataque de la lanza ritual Banyaliber que cruzó su cara de arriba a abajo, cortándole desde la ceja derecha hasta el pómulo, rasgando también su ojo derecho.

Mientras caía al suelo, entre las sombras de la inconsciencia y el extremo dolor, discernió un rostro: el del Ministro de la Guerra, que reía cruelmente.

-Te dije que no debías olvidar quién eras. -Dijo-¡El Príncipe Tuerto! ¡¡Ja, ja, ja!!

El sonido salvaje de su carcajada fue lo último que West escuchó antes de caer en un profundo coma.

Estaba muerto.

Pero la Madre Tierra no quería dejarle morir. Así que lo devolvió a la vida.

Lo primero que sintió fue una punzada de dolor en el ojo derecho, un dolor agudo que se extendía con fuerza hacia la cabeza. La sangre le resbalaba por la cara en cantidad, pero no era capaz de verla. Aún en el suelo, palpó con la mano en la oscuridad donde antes había globo ocular, pero no encontró nada. Tan solo dolor.

Lo siguiente que notó fue el calor del fuego. Las llamas habían consumido la escuela y la casa donde vivía con su difunta esposa y su hija.

Su hija...

-¡East!-Sollozó.

Usó sus escasas energías para erguirse y buscarla, pero igual que con su ojo derecho, solo encontró más dolor.

Levantó los restos de East entre sus brazos. Su sangre se mezcló con la suya, y ésta a su vez con la tierra carbonizada que los rodeaba.

Tras el dolor, llegó la ira.

En los años venideros, West pensó que en aquel día conoció la cuarta señal.

El Ministro de la Guerra vivía en una enorme mansión cerca de un río. Un hermoso enclave rodeado por guardas y esclavos adoctrinados para seguir a su líder Banyaliber.

West recordaba su entrenamiento. Era como andar nadar: Nunca lo olvidas.

Fue ejecutando estratégicamente a cada uno de los guardas del Ministro. Éste, asustado y recluido en sus lujosos aposentos, no sabía que la Muerte en persona tenía una cita con él. Una cita que ya había demorado demasiado tiempo.

Con el primer golpe lo derribó al suelo, West quería que su víctima viese quien acabaría con su vida. El Ministro solo pudo orinarse encima mientras trataba en vano de aferrarse a alguna de las lanzas rituales que decoraban sus aposentos.

-¿Me recuerdas? -Preguntó la voz rescatada del averno.

-El Príncipe Tuerto... -Respondió con voz temblorosa el Ministro- ¡Sabía que eras el mejor!

West supo que trataría de apelar a sus recuerdos infantiles de alguna manera. “Qué estúpido”, pensó.

-Te equivocas. Yo ya no soy “Príncipe”...-Dijo West mientras se acuclillaba a su lado y acercaba un punzón a la cara del Ministro-A partir de hoy seré Rey.

Los gritos ahogados de su víctima llamaron la atención de los cientos de liberianos, esclavos de su amo desde tiempos anteriores a la guerra. Todos se reunieron en el jardín frente a la osten-

tosa fachada de su Señor, pero no fue él quien apareció de entre las tinieblas.

La silueta de West, ataviado con su sombrero, el parche de cuero y las pistoleras que sostenían sus revólveres, generó algunos susurros de inquietud. “¿Quién era el desconocido?”, se preguntaban, “¿dónde está el amo?”.

West respondió a sus preguntas con un solo un gesto. Cuando levantó su mano derecha, todos vieron claramente los ojos de su amo, pendulantes e inertes.

West, habló con la voz desgarrada del odio y del dolor.

-¡Esta noche, os he liberado de vuestro opresor!-Gritó-¡Ahora yo seré vuestro Señor! ¡Yo soy el Rey tuerto!

Todos se arrodillaron ante su rey y lo alabaron gritando:

-¡Larga vida al Rey Tuerto!

FIN

